

I

Con Bestial las cosas eran distintas: él cambiaba los ojos de color; él se comía vivas las codornices; él me dijo una vez “ponte en cuatro para que veas lo que es bueno” (yo eché a correr); él también odiaba a mi abuela y se subía a las matas de coco; él me dijo que sabía volar; él tiraba los gatos al aire y los reventaba; él hablaba; él se bañaba en el río y orinaba en el tinajero. Él sabía leer.

Sin Bestial, las cosas son como parece que tienen que ser: Nadie no sabe leer ni escribir nada; Nadie no se encarama en el techo de la casa ni coge los avisperos con la mano; Nadie no tiene los ojos (ni siquiera de un solo color); Nadie no como lagartijas; Nadie no habla. Nadie es nadie.

Cuando llegó Bestial, la casa se encogió de pronto como un perro cuando le van a dar un estacazo. Mi abuela, que se encontraba desyerbando los clavelones, lanzó un escupitajo amarillo y entró en la sala. Y mi madre salió rumbo al pozo a sacar agua. Él no me miró enseguida, y esto me molestó, pues yo había tratado de simular que no lo había visto y al fin lo había logrado; en cuanto se soltó de las manos del que lo trajo (que desapareció al instante), fue hasta la mesa de centro donde estaba el quinqué apagado, porque todavía era de día, y lo hizo trizas en el suelo. Mi abuela quedó medio pasmada, como si la rapidez con que el quinqué se estrelló le hubiese impedido razonar, pero lanzó otro escupitajo amarillo, y recuperó el control; caminó hasta Bestial, lo levantó por el cuello como a una gallina muerta, y lo sostuvo un rato en el aire, mirándolo sin pestañear luego lo colocó sobre el suelo y le dio la espalda. “Se llama Bestial”, dijo mi madre que ya regresaba con las latas de agua. Y siguió conversando con mi abuela; parece que el pozo la había enterado de todo. Pero entonces, él me miró, y yo dejé de oír a mi madre. En el momento en que se me acercaba descubrí sus ojos de colores “Tienes madre”, dijo, deteniéndose y mirándome con tal desprecio que yo tuve que sonreírle. Y empezó a vomitar. Enseguida me volvió a mirar, ahora con una compasión que se me hizo insoportable, como si de pronto hubiese descubierto en mi cara una pústula llena de gusanos. Y una tristeza muy grande y nueva vi que se iba apoderando de la casa. “A la mía la maté hace tiempo”, dijo, volviéndome la espalda y dejando un reguero de inmundicias.

(Pensé que era un mentiroso, y la tristeza se fue reduciendo). Como molesto caminé hasta mi cuarto. La voz de mi madre volvió a apoderarse de mis oídos. “Angelina

siempre tan desconsiderada, decía; se ahorca y nos deja esta pelma apestosa que es una fiera”. “Seguro que lo hizo para fastidiarme, dijo abuela. No parecía ser mi hija”. “Y bien que lo consiguió, dijo entonces mi madre, porque ese muchacho es un salvaje”. “Virgen santísima, clamó abuela, a lo mejor le pega candela a la casa”. “Ojala, dijo entonces mi madre, así es como único salimos de este infierno”. “Bruta, le contestó abuela, no haces más que renegar”. Y en seguida se empezaron a fajar con palabras, y luego pasaron a las trompadas pero yo fui hasta mi cuarto. Bestial, apoderado de mi cama, roncaba. Ni siquiera había dejado una esquina donde yo pudiera acostarme.

II

Tres días (con sus noches) se estuvieron oyendo los extraños ronquidos de Bestial. Algunas veces parecían canciones, pero otras sonaban como cadenas que de repente echasen a rodar también, de vez en cuando, parecían imitar el piar de pájaros que yo nunca había visto ni oído. Quizás eran pájaros moribundos. Al segundo día de estar oyendo sus ronquidos, entró abuela en el cuarto. Era el momento en que Bestial imitaba los escarceos de una rana a la que un jubo empezaba a tragarse. “Debe estar muriendo, dijo. No lo despierto”. Y salió. Al tercer día fue mi madre la que entró. Los ronquidos de Bestial eran entonces como una rara combinación de “trinos” de trenes y cantos de guacáicas. También, algunas veces, soltaba otros sonidos, pero yo no lo pude identificar: era uno de sus inventos. “Huele a demonio”, dijo mi madre y salió tapándose la nariz. Durante esos tres días yo no había dormido ni había dejado de observarlo; algunas veces, para que mi madre no se incomodara, simulaba irme al monte: salía de la casa y enseguida, escondiéndome de un tronco a otro, regresaba corriendo y entraba a mi cuarto por la ventana. Mi madre pensaría que yo estaba muy lejos; afuera la sentía silbar. A cada rato me acercaba con mucha cautela a la cama de Bestial y afinaba el oído, tratando de descubrir nuevos sonidos; siempre por la madrugada me sorprendía con un toque de campanas, con un rodar (más bien) de campanas que se precipitasen retumbando mientras se despedazaban y perdían los badajos; entonces se oían rodar como piedras, y caían al agua.

Pero, a la tercera madrugada, no solamente me paré y fui hasta la cama y me quedé quieto y asustado mirándolo y afinando el oído, sino que también, de pronto, estiré un brazo y le toqué, con el dedo mayor, la punta de la nariz. Fue entonces cuando se oyeron pisadas muy rápidas sobre la yerba del patio: estaba cayendo un aguacero. Con el aguacero también venían relámpagos que aterrorizaban a los árboles y le hacían soltar gajos y silbidos. Se oyeron truenos que a cada momento se acercaban más, hasta que se convirtieron en rayos que cayeron sobre el corredor de la casa, achicharrando la enramada y pulverizando el espejo de la sala. Bestial dejó de roncar, abrió los ojos y saltó por la ventana hacia el aguacero. Pero antes me dijo “Vamos”.

Fue entonces cuando se oyeron los primeros gritos de mi madre, apagando el aguacero, pero ya estábamos empapados.

Y de pronto las cosas fueron distintas. Durante todo el día y la noche y otra vez el día, no dejó de llover. Nosotros los pasamos detrás de los troncos, debajo de los árboles, encaramados en los capullos más altos, lanzándonos de cabeza al suelo para quedar prendidos, en el último momento, a un fino bejuco que casi se nos escapaba. Bestial se revolvía entonces entre las hojas, se deslizaba por los fangueros, corría hasta los charcos que se desparramaban, saliendo otra vez empapado y limpio. Por un tiempo caminamos, oyendo el estruendo del aguacero que traspasaba las hojas; hasta que otro ruido más fuerte nos empezó a llegar, como si la lluvia quisiese ahora traspasar zinc. Aunque nunca me había atrevido a ir hasta él (según mi abuela, era muy peligroso acercarse a él, de pues se tragaba a una persona todos los días), supe que se trataba del río y se lo quise decir a Bestial; pero él ya no caminaba a mi lado, sino que se perdía, corriendo hacia los bramidos. Cuando llegué al río bullente, Bestial se había quitado la ropa y se lanzaba al agua. Pero el río no era lo que yo había pensado: una hilera de agua deslizándose bajo muchos árboles, sino un torrente rojizo donde trotaban, en grandes balizas, los árboles más altos arrancados de raíz. Sobre una de esas balizas surgió Bestial, dando voces y levantando los brazos, invitándome a que también me lanzase. Medité un momento. Otras balizas muy grandes pasaban enrolladas en la corriente a velocidades inimaginables; de entre una de ellas vi salir a una gallineta blanca que, escandalizada, alzó el vuelo, perdiéndose en el aguacero. En un momento que no recuerdo, me deshice de la ropa y, lanzándola hacia los árboles, me acerqué más a la corriente y sentí cómo mis pies se hundían en un fango frío que no ofrecía resistencia. Los aullidos de Bestial seguían confirmando sus triunfos. Yo estaba ya decidido y sólo esperaba a que él me mirara, pero sus ojos pasaban tan rápidos que no me daban tiempo de coger impulso. Quizá, para darme el ejemplo, saltó hacia una baliza escandalosa que navegaba a su capricho y algunas veces se detenía, provocando un tumulto de espumas; ya cuando Bestial y el griyo iban por los aires, hizo una de sus paradas, y el grito quedó cortado como por un machetazo, y Bestial desapareció en la corriente. La baliza continuó su vertiginosa trayectoria. Luego fue el desfile de los troncos de almácigos (muy unidos y brillantes) que por un rato taparon las aguas. Me quedé, recorriendo con los ojos el río; pero Bestial no aparecía. Ahora unas balizas muy rápidas pasaban con gran indiferencia y de vez en cuando zigzagueaban, levantando chispazos de agua que me bañaban la cara. Me senté sobre un tronco y me puse a esperar. Al oscurecer me di cuenta de que estaba desnudo. Mi ropa se la había llevado la corriente. Al momento se hizo de noche. Bestial ya no iba a aparecer. Muriéndome de tristeza y frío, busqué el camino de la casa. No había escampado, pero el aguacero sonaba como cansado y permitía de vez en cuando que el chillido de un pájaro lo interrumpiera.

“Bestial se ahogó en el río”, dije cuando llegué a la casa. Era ya bien de noche.

“Virgen santísima”, dijo abuela sin oírme, “si viene desnudo. Ven aquí para arrancarte las orejas”.

“Faino”, dijo mi madre mientras hablaba abuela, “Bestial hace horas que duerme en tu cama. Acaba de entrar que te estamos esperando para matarte”.

Estaba tan furiosa que parecía tranquila.

IV

Corriendo y esquivando las trompadas de abuela entré en mi cuarto donde Bestial, otra vez instalado en mi cama, soltaba ronquidos muy cortos y finos, pero no pude detenerme a oír aquellos resoplidos: mi madre y mi abuela se me abalanzaban. Les tiré la puerta en la cara y soltaron un bufido. El bufido, o el golpe de la puerta, despertó a Bestial. “Abre esa puerta”, me dijo. Yo le indiqué lo que me aguardaba. Pero él caminó con calma hasta la puerta, y la abrió. Abuela y mi madre alzaron los brazos y le soltaron dos trompadas; él se tiró al suelo antes de que le llegaran las trompadas, y cogiendo a las dos mujeres por las piernas, las vapuleó contra el piso. Antes de que se levantaran salió de la casa. Y yo fui tras él, enganchándome en su ropa. Era bien de noche. Solamente se oían los grillos y el cuchicheo de las hojas que conversaban mientras se escurrían. Bestial caminó hasta la mata de almendras, en el fondo del patio, se trepó a uno de los gajos más altos, acostándose sobre el capullo, y empezó a silbar. Qué silbidos tan extraños. Parecían gritos cansados de ratones recién nacidos. Yo me quedé en el tronco, sin atreverme a subir, pero también silbaba. A medida que sonaban los silbidos se fue haciendo de día, y vi levantarse, de los itamorreales una alegría muy pequeña, pero que enseguida se fue agrandando impulsada quizá por el son de los silbidos y ya a la media mañana tocaba las últimas hojas de la mata de almendras. Bestial descendió del árbol. Los dos caminamos por el guanizal aplastando los cagajones de vacas todavía frescos. Después de andar un gran trecho nos tiramos sobre las guaninas con los ojos muy abiertos nos quedamos mirando para arriba. La alegría seguía y a lsoce ndaigeanjdoon;es: traspasaba las nubes y cubría la casa y todo el monte hasta donde los ojos se hacen inútiles y el cielo se va juntando con los últimos cerros. Entonces, fuimos hasta el cañaveral y cortamos muchos güines e hicimos una cometa tan grande que ninguno de los dos la podía manejar. Y nos desprendimos de la tierra, sujetos a la punta del hilo de la cometa, y así pasamos sobre los árboles y la casa como una exhalación, mientras en el patio, abuela y mi madre se ponían las manos en la cabeza y soltaban chillidos de espanto. Toda la tarde anduvimos remontados por el cielo y vinimos a caer (al mismo tiempo que el sol) sobre el techo del excusado donde abuela, al compás de violentos pujidos, desembolsaba las tripas. El techo se vino abajo y abuela salió como una gallina asustada, soltando maldiciones, con el vestido arremangado hasta la cintura. Por fin, tocamos tierra, muy cerca del cantero donde florecían los clavelones. La abuela, aún más asustada, corrió hasta nosotros con los brazos en alto, dispuesta a descuartizarnos. Su cara lucía una sorprendente mezcla de terror y odio que por un momento nos dejó pasmados. Y ya cuando la teníamos encima, echamos a correr saltando mayales, introduciéndonos en la noche.

Con una luna que solamente enseñaba los bordes, y que de vez en cuando se arrepentía y no enseñaba nada, seguimos escondiéndonos entre aquellas penumbras y matojos. Sería muy tarde cuando Bestial se detuvo, y, soltando un resoplido, dijo con voz que a mí me pareció muy baja: “Háblame de tu abuela”. Yo empecé a hablar, y, aunque no sé por qué, también lo hice en voz apagada. Mucho había de semejanza entre mi abuela y mi madre: la misma brutalidad en los gestos, la misma forma de manejar las palabras indecentes; la misma manera de andar y al retorcerle la nuca a los pollos; la misma forma de tratar a patadas a los animales; y, cuando rezaba, la misma postura suplicante y cobarde. A la hora de comer, cuando mi madre y mi abuela se sentaban a los extremos de la mesa, con el candil en el centro, todos podrían decir que se trataba de una misma persona desdoblada; yo mismo en esos momentos me hubiera confundido al llamarlas de no ser porque la abuela siempre escogía la esquina de la mesa donde llegaba el mantel. Sin embargo, una diferencia existía entre las dos y bastaba para ensombrecer todas las semejanzas. Mi abuela era brutal, pero astuta; mi madre solamente era bruta. En realidad, mi madre no era nada. Había tomado de mi abuela las cosas que se veían y eran fáciles de imitar, la brutalidad de sus gestos y palabras, pues lo demás estaba como escondido, y yo pasé un gran tiempo sin descubrirlo; por eso no odiaba tanto a mi madre como a mi abuela; ella, mi madre, era como un pedazo de tierra donde lo mismo se podía lanzar un escupitajo que sembrar un árbol. En ese pedazo de tierra, mi abuela no hacía más que lanzar escupitajos. Por eso, a mi abuela, sí la odiaba; ella sabía lo bueno y lo malo y hubiera podido escoger. Según me habían dicho, en otros tiempos había sido bilonguera y había tenido relaciones oscuras con un cocodrilo que cantaba. Pero, sobre todo, la odiaba porque ella también me odiaba. Mientras que para mi madre yo sólo era una molestia, para mi abuela era una basura inútil. Y su opinión tenía más importancia. A mi abuela todo el barrio la respetaba y, aunque nadie la saludaba, cuando salía al camino real la gente se asomaba a las ventanas, y algunos salían al patio. Oí decir una vez que mi abuela sabía escribir y que en el tronco de la Ceiba tenía enterrada una botijuela llena de oro. Pero de todos sus misterios el que más me atraía era su manera de cuidar el cantero de los clavelones. Había que ver la atención que ponía en el cuidado de aquellas flores que eran las únicas del barrio. Dicen que para hacer el cantero trajo la tierra de muy lejos, y que luego de regar las semillas se tiró a un lado y no se levantó hasta que empezaron a convertirse en diminutos agujones verdes que poco a poco se abrían paso por entre la tierra removida. Todas las tardes, abuela obligaba a mi madre a dar tres viajes por agua para regar los clavelones. Pero no dejaba que fuéramos nosotros los que se la echáramos; con las latas junto al cantero se quedaba un rato, mirando las matas, y luego, con las manos, les iba esparciendo el agua. Después, a gatas sobre el fango, limpiaba los tallos, eliminando, entre maldic cioonmeos , lalulgvuian af iynear.ba diminuta que había surgido durante el día. Mi madre entraba en la cocina y empezaba a servir la comida; y yo, antes de que abuela me lo ordenase con una mirada implacable, desaparecía por el corredor y me iba a trancar los terneros. Cuando

regresaba ya oscurecía. La figura de la abuela, todavía encorvada sobre los clavelones, adquiría entonces dimensiones extrañas; parecía derramarse sobre las flores. La oscuridad se encargaba de formar con ella y las plantas una sola silueta, que semejaba un árbol desconocido condenado a crecer en forma invertida, con su copa enterrándose en el fango, y el tronco, muy oscuro, perdiéndose en el cielo. Al poco rato entraba la abuela a la cocina; entonces se encendía el candil y ella misma repartía la comida con las manos bañadas de tierra. Siempre, alguna mariposa de las hojas se le quedaba enredada en la cabeza y caía en la sopa. Después, los tres íbamos al corredor, y nos recostábamos en los taburetes, frente a la noche. Al poco rato nos llegaba, flotando en la oscuridad, el olor de los clavelones. Los tres aspirábamos fuerte. Era como una recompensa.

Una noche quise seguir tragando aquel olor, y al rato de acostarme, cuando empezaron los resoplidos de mi abuela, me deslicé despacio, y llegué hasta los clavelones. Me incliné hasta tocar con la punta de la nariz los primeros pétalos; el olor fue tan violento que levanté la cabeza y retrocedí unos pasos; a esa distancia me agaché y me quedé muy quieto, disfrutando. Ahora empezaba a destacarse en la penumbra como una bandada de diminutos cocuyos que saliesen de la tierra. Las flores no soltaban olor solamente, sino un resplandor brillante y verdoso. Cada flor fue mostrando matices de luz de acuerdo con su color; y de pronto me pareció que del mismo suelo brotaba una corta lluvia de fuegos artificiales. En ese momento, y, sin saber por qué, miré hacia mis espaldas: como un pájaro de enormes alas inmóviles, abuela estaba detrás de mí, envuelta en la oscuridad y en una sábana. Me observó durante un tiempo. En su cara y en todo su cuerpo me pareció ver una gran tristeza, aunque quizá sólo fuera los efectos de la noche. “Muchacho”, dijo luego, “camina para tu cuarto y acuéstate”. Y yo fui y me acosté. Cuando desperté me fue imposible precisar si todo había sido un sueño, o si en verdad había estado en el cantero de los clavelones. Por eso, a la noche siguiente esperé que todo estuviese tranquilo y que los ronquidos de abuela ahuyentaran a los ratones del techo. Entones, con gran cautela, fui hasta el cantero, me incliné sobre los clavelones y aspiré fuerte. Disfruté del olor, pero era el mismo que todas las noches nos llegaba hasta el corredor, no más fuerte no insoportable. El viento, como siempre, agitaba los tallos fuerte; y un frescor muy grato me subía a la cara. Pero no vil luces, sólo los colores de los clavelones destacándose pálidamente en la neblina. A la madrugada cansado de vigilar, traté de incorporarme; pero me fue imposible; alguien tenía puesta una mano de tierra sobre mi cabeza. “Muchacho”, dijo entonces mi abuela y retiró la mano, “vete a dormir”. Yo me levanté, y al mirarla noté que una tristeza mucho más increíble venía esta noche pegada a todo su cuerpo. Tartamudeé un poco; tratando de hablarle; pero ella volvió a extender la otra mano de tierra, y, poniéndola sobre mi cara, dijo: “Creo que voy a tener que matarte”. Enseguida me fui a la cama.

Muy temprano me desperté, molesto, por los diminutos terrones que se habían dispersado por toda la sábana; eran la prueba de que por lo menos esta noche no había soñado. Después, todo ha seguido como hasta hoy, y yo, defraudado por los

clavelones y sin olvidar la amenaza de la abuela, me fui olvidando del cantero y hasta empecé a parecerme a mi madre.

Todo esto se lo dije a Bestial, y comencé a hablarle de mí y de mi madre; pero parece que no le interesó: interrumpiendo la conversación dijo, soltando una gran carcajada que silenció las alimañas de la noche: “Y ¿cuántos maridos ha tenido tu abuela? Háblame de sus maridos”. Pero yo nada pude decirle. Y en silencio anduvimos por el sao, cazando, a la luz de la luna, codornices dormidas, y comiéndolas crudas. A las más chicas, Bestial les arrancaba las plumas sin retorcerle el cuello y se las tragaba vivas.

VI

Durante una semana no volvimos a la casa. La pasamos investigando tardes íbamos al río y nos bañábamos hasta que llegaba, de pronto (como sie melp rme)o nlat en. oPcohre .las Entonces empezábamos a averiguar qué guardaban las piedras en la cara que escondían dentro de la tierra. En una encontramos un nido de alacranes jóvenes sobre un pájaro podrido con las patas amarradas por una cinta negra. Bestial levantó el pájaro con los alacranes, y, uno a uno, los fue destripando; pero no se los comió. Le desamarro las patas al pájaro y lo lanzó al aire. “Y tu abuela”, me dijo mientras el pájaro caía como una piedra sobre el río, “¿sale mucho de la casa?”. “Sí -le dije- algunas veces se va por la mañana y no regresa hasta el oscurecer.” “Ah”, dijo. Y salió corriendo hacia la arboleda.

En la arboleda contaban los maicitos mientras se comían los anones; allí nos quedamos un rato, nada más que oyendo aquel repiqueteo de los cantos, mientras en la cabeza nos caían anones acribillados. Luego fuimos hasta los grandes colchones que forman en el suelo las matas de bambúes, y nos acostamos mirando a los cupeyes que se desprendían de las hojas y caían al agua. Cuando nos despertamos había llegado el día; también habían llegado mi madre y mi abuela, y ya estaban junto a nosotros. Mi madre, con las manos en la cabeza lanzaba gritos muy altos y brincaba; mi abuela, más tranquila, llevaba un fute en la mano, y, dándome con el en los ojos, me dijo: “Oye cómo llora tu madre salvaje, camina para la casa”. Y me lanzó otro fuetazo pero yo bajé la cabeza y solamente me pudo dar en la frente. Las dos mujeres me cogieron por los brazos y, zarandeándome, me levantaron en peso y empezaron a llevarme. Yo no hice ninguna resistencia, y aun cuando me soltaron continué caminando muy tranquilo junto a ellas. Bestial iba sobre nosotros, saltando entre los gajos de las matas de mango y sacudiéndolos para que todas las frutas podridas nos cayesen en la cabeza. Mi abuela, que caminaba callada, se enfureció cuando un mango verde le golpeó una oreja. “Eres el diablo, maldito”, le dijo a Bestial y le lanzó un escupitajo. Entonces él, mientras agarraba un avispero con la mano, soltó una risa tan grande y extraña que todas las avisas cayeron muertas sobre la cabeza de abuela. Con el panal vacío, y soltando carcajadas, se tiró de la mata y salió corriendo hacia la casa. “Algo trama este salvaje”, dijo entonces abuela, cambiando de color varias veces y echando a correr tras él. Mi madre aprovechó que estábamos solos para soltar unos fritos fuertes

y darme varios golpes. Luego prosiguió caminando y llorando sin interrupción hasta que me dijo que por poco se muere al ver que yo no volvía a la casa. A medida que nos íbamos acercando, los gritos de mi madre fueron descendiendo, y ya cuando estábamos en el patio casi ni me molestaban. Pero entonces, de la casa nos llegó un quejido muy fuerte. Yo miré ilusionado para mi madre, pensando que al fin había hecho algo interesante como producir gritos que estallasen lejos de su cuerpo; pero, por su expresión, noté que los gritos no eran suyos. Y los dos corrimos rumbo a la casa.

Cuando llegamos todo estaba muy tranquilo. Mi abuela, sentada en un taburete del comedor, se estiraba el vestido y se calzaba un zapato. Yo iba a decir algo, pero ella se me adelantó, y, como si fuéramos alimañas insignificantes nos dijo: “No hay leña seca”. Antes de salir con mi madre al saó a buscar la leña, entré a mi cuarto. Sobre mi cama estaba Bestial, roncando muy tranquilo. Luego salí al patio y me quedé mirando a mi madre que se alejaba con el machete en la mano. Antes de seguirla fui hasta el cantero de los clavelones. Una mata arrancada de raíz estaba tirada sobre la tierra enfangada.

A los pocos momentos caminaba junto a mi madre, rumbo al saó.

VII

Cuando el sol, derrumbándose sobre el saó, encendía sólo los últimos capullos de las palmas, mi madre y yo regresamos, estibados de leña seca. Al llegar a la casa anochecía. Mi abuela, con los brazos cruzados frente a los clavelones, nos ordenó, sin abrir la boca, que dejásemos allí mismo la leña y fuésemos por agua al pozo.

Fuimos.

Abuela tomó las latas y, como siempre, empezó a esparcir el agua. Mi madre entró en la cocina y sirvió la comida. Yo caminé hasta mi cuarto donde Bestial aún roncaba. También ya era de noche.

VIII

De noche. El candil en medio de la mesa y los cuatro alrededor del candil. Cuando terminamos de comer, mi madre recogió los platos y los llevó al fregadero. Abuela, Bestial y yo nos sentamos en el corredor. El fresco de la hora nos llegó como siempre entre el fragor de las hojas y el farfullar de los grillos. Mi madre, que había terminado de fregar los platos y apagar el fogón, trajo un taburete y se recostó cerca de nosotros. De pronto se oyó un ruido distinto al escarceo de los grillos y las hojas, y que no venía de la oscuridad; era un ruido extraño, que no se podía comparar con los maullidos de un gato extraviado, pero que en algo se le asemejaba: Bestial cantaba. Soltaba con los labios cerrados aquella música que no era música ni ruido. Los otros sonidos se habían

ahuyentado y sólo se escuchaba aquel silbido que no era silbido, adueñándose de la oscuridad. Fue entonces cuando nos llegó la vaharada de los clavelones, cruzando la oscuridad en medio de una ráfaga imperceptible. A medida que el olor fue ascendiendo por entre las tinieblas hasta tocarme la cabeza y seguir avanzando, apoderándose de la casa, mis sentidos se vieron obligados a dividir sus funciones: unos persistían solamente en reconocer el canto, otros tiraban hacia el perfume y olvidaban lo demás. Entonces comprendí que la guerra entre mi abuela y Bestial estaba declarada. No podía imaginar qué tipo de guerra sería, ni qué armas intervendrían. Pero por la forma en que el perfume y el canto tiraban de mis sentidos comprendía que sería una guerra sucia y despiadada, que no terminaría hasta que alguno de los dos quedara eliminado. Hubo un momento en que el canto cesó y sólo el perfume persistió, dominando el tiempo. Enseguida se fue desvaneciendo. Como si hubiese aguardado a una orden, el cuchicheo de las hojas y de las alimañas fue poblando la madrugada. Callados entramos en la sala. Mi madre y mi abuela fueron a sus cuartos; Bestial y yo entramos en el nuestro. Sin decirnos nada nos acostamos.

Sin el olor de los clavelones y sin el canto de Bestial todas las cosas parecían acogerse a la calma, dirigidas por ese orden que las hacía desaparecer sin alterarlas. Mis pensamientos también se fueron tranquilizando y los volví a dirigir. Me situé en el tiempo transcurrido desde la llegada de Bestial a la casa, y me detuve en el atardecer del mismo día en que se oyó el quejido de abuela. De nuevo volvíamos a entrar corriendo mi madre y yo en la cocina; de nuevo vi a la abuela sentada en el taburete. Pero como ya estaba prevenido, no solamente descubrí su mano, estirando la falda del vestido, sino que antes vi la mano detenida, allí, en el mismo sitio en que se juntan las piernas, más abajo del vientre. En esta ocasión no le di tiempo a abuela a despistarme bajando las manos hasta la falda para fingir que la tenía levantada, ni mucho menos le permití que la bajara hasta uno de los zapatos para calzarlo; y así, dejando la mano de abuela fija en aquella región impronunciable de su cuerpo, miré para su cara y descubrí una expresión de dolor tan elevada que por un momento dudé de la seriedad de este segundo viaje a través del tiempo transcurrido. Pero la expresión de dolor se alejó enseguida: la mano bajó hasta la falda, y el tiempo representado quedó superpuesto al tiempo transcurrido hasta que se hicieron semejantes. Entonces, Bestial comenzó a roncar con sus ruidos peculiares. Y otra vez estaba en el presente. Y meditaba si aquellos ronquidos de Bestial eran reales, o si se trataba de una de sus artimañas. Pero de ser así, me dije, entonces nunca ha dormido, pues siempre que lo hace es al golpe de esos ronquidos. ¿Será posible que no duerma nunca y finja ronquidos para observarnos sin que nos fijemos en su presencia? Pero tampoco puede ser: durante los tres primeros días siempre lo estuve vigilando y nunca lo vi abrir los ojos. O será que no necesita de los ojos para vigilar a los demás, después de todo él los cambia de color cada vez que se le antoja. Puede ser que no los necesite. Es posible que sea ciego o que mire con otra parte del cuerpo. Pero de todos modos necesita dormir; si no, ya se hubiera muerto. ¿O es posible que no lo necesite? ¿O es posible que esté muerto? Pero aun suponiendo que esté muerto o que no duerma, esa vigilancia sería razonable cuando en la casa están mi madre y mi abuela, pero no

cuando estamos solos él y yo. O es que también desconfía de mí. Pero, eso es imposible porque somos amigos, porque yo lo quiero y él me quiere. Pero también puede ocurrir que yo no sepa nada y esté participando en la guerra... Pero no quise seguirme aterrorizando, y pensé que lo mejor era no pensar en nada. En mis divagaciones había olvidado de oír los ronquidos de Bestial y de pronto noté que él ya no estaba en la cama. Al instante salté por la ventana y, tanteando en la oscuridad, llegué hasta muy cerca del cantero de los clavelones: un resplandor brillante rompía la neblina en muchos colores, semejando un arcoiris bajo y diminuto. Sumergido entre aquella aureola estaba Bestial, con los brazos extendidos hacia las plantas, sonriendo. En ese momento, una bestia erizada surgió a un costado de la casa, venía resollando fuerte y caminando casi a cuatro patas. Por fin llegó hasta el resplandor de los clavelones: entonces comprendí que se trataba de la abuela y que arrastraba un hacha. -El pelo en crenchas y el vestido a medio enganchar-. La vi levantar el hacha entre resoplidos y apuntar hacia el cráneo de Bestial que de frente no dejaba de observarla y seguía riéndose a carcajadas. Cuando la abuela tomó impulso para dar el hachazo a Bestial, sin dejar de reír, tomó una de las matas de clavelones por el tallo y la desprendió del suelo sin quitarle los ojos de encima a la abuela. Y otra vez resonó aquel mismo grito que ahora la tranquilidad de la noche parecía amplificar. Y otra vez vi a la abuela, entre los estertores, llevarse la mano a aquella región del cuerpo como si fuera en ese sitio, y no en el cantero donde hubiesen arrancado la planta. Con gran tranquilidad cruzó Bestial el cantero mientras por su cara cruzaban los resplandores de las plantas. En un momento en que era iluminado en azul, vi que ya no sonreía y cuando al fin cruzó la última aureola anaranjada, me pareció que estaba muy serio, casi fatigado. En ese momento apareció mi madre por un costado de la casa con un candil en la mano, mientras que con la otra protegía la llama para que el viento no la extinguiese. Sin que ninguno de los tres me descubrieran regresé sigiloso hasta mi cuarto, y me acosté, arrebujándome en las sábanas. A los pocos segundos sentí a Bestial cruzar la ventana y entrar al cuarto. Respirando fuerte se sentó en la cama, y se acostó a mi lado. Al momento comenzaron a oírse sus ronquidos.

IX

Llegó la mañana, y aunque no había dormido casi nada, me levanté temprano. En cuanto me senté en la cama, Bestial se despertó (o fingió despertarse), abrió los ojos y se puso de pie. Luego salimos al monte a cazar lagartijas, y dormimos sobre las matas de coco. También fuimos al río y nos lanzamos al charco desde los últimos gajos de los cupeyes. Todo parecía estar como antes: nos zarandeábamos desde los gajos más finos y matábamos los pájaros a palos. Esa tarde, después de comernos crudas dos biajacas que Bestial había pescado con la boca, le dije que mi madre me había confesado que me quería y que si yo desaparecía ella se quitaba la vida. "Mátala", me dijo él entonces, mientras se llevaba un fleco de yerba a la boca como para limpiarse los dientes, "mátala antes de que te mate". Pero ese día yo no comprendí lo que me quiso decir, aunque él hizo silencio durante el resto de la tarde como dándome oportunidad para que meditara sus palabras. Cayendo el sol tomamos el rumbo de la casa; pero

antes de llegar al patio, Bestial fue al pozo donde mi madre llenaba las latas para que abuela regara los clavelones. Lo vi asomarse un rato al brocal, y también me asomé; y nos quedamos mirándonos en el fondo hasta que la noche nos fue ensombreciendo por completo. Bestial caminó entonces hasta una de las esquinas del mayal y agachándose, empezó a sollozar. Por un momento quedé confundido; pensé que quien estaba agachado llorando a mis pies no podía ser Bestial: Luego pensé que era Bestial, pero no lloraba, sino que fingía llorar y ese llanto, igual que los ronquidos, tendría algún objetivo desconocido. Por último no pensé en nada, me agaché junto a él, y, de pronto, me escuché llorando.

Sonaban los sollozos de Bestial y los míos confundidos a veces en un solo ritmo muy armonioso. Y éramos, en ese momento, dos huérfanos completamente desamparados, en medio de una noche que bien podía no tener fin. Sin embargo, aun en esos momentos sentía, mezclada con el viento y dispersándose en la altura, aquella pequeña alegría que se había elevado desde los matorrales y que ya casi dominaba el mundo. Y así fue; cuando por un acuerdo que no fue necesario tomar, los dos miramos para el cielo: la vimos, mucho más alta que las nubes, instalándose entre las estrellas.

Bajo el resplandor de la noche caminamos hasta la casa. Cuando llegamos, mi madre y mi abuela habían comido y descansaban en el corredor. Bestial y yo también nos sentamos, pero cuando la primera ráfaga de olor a clavelones me subió hasta la nariz, me puse de pie, fui a mi cuarto, y me acosté tapándome la cabeza. A pesar de todo oía el canto de Bestial que no era canto y el perfume de los clavelones se me metió bajo las sábanas. Ahora están haciendo desfilas sus armas, pensé, el combate se repetirá también esta noche. Por eso, cuando a la madrugada sentí el aullido de mi abuela y estirando un brazo confirmé que Bestial no estaba en la cama, no me sentí alterado por lo que ya presentía, sino por un nuevo terror que invadiéndome me hacía saber que yo también había tomado parte en aquella batalla. Luego sentí a Bestial deslizándose en la cama. Sentí la claridad y el frescor de la madrugada. Amaneció. Bestial cesó en sus ronquidos. Me levanté y fui al patio. La abuela, tirada muy cerca de los clavelones, dormitaba con las manos colocadas sobre el sitio de donde saliera el dolor, protegiéndolo. De vez en cuando su cuerpo se encogía y estiraba como un jubo que quisiera echar a andar y quedase siempre en el mismo sitio. “Vamos al monte”, me dijo Bestial, llegando de la cocina.

X

Y fuimos.

XI

Finalizando el atardecer regresamos. Bestial traía tres ratones de mayal amarrados al cuello y muchas arañas de monte empuñadas en una mano como si fueran raíces. Desde el patio pude ver a la abuela que también nos observaba (o quizá sólo observaba

a Bestial) con sus ojos de perro miedoso, pero en acecho. Mi madre venía del pozo con las dos latas al hombro, paciente. Llegó al cantero, depositó las latas de agua junto a la abuela, y se marchó a la cocina a terminar la comida. Bestial en ese momento orinaba en el tinajero donde había trancado a los ratones. Enseguida caminó hasta el fogón donde se asfixiaba mi madre entre la humareda y lanzó las arañas al fuego. Las arañas corrieron un momento al caer sobre las brasas pero enseguida fueron perdiendo las patas y se carbonizaron. “Jesús”, dijo mi madre, soplando los tizones y con los ojos enrojecidos. Luego nos sirvió la comida a Bestial y a mí, y, llenando otro plato, caminó en medio del crepúsculo hasta el lugar donde vigilaba mi abuela. Regresó, se sirvió y con gran tranquilidad empezó a comer. Entonces noté que había cambiado de lugar en la mesa. Estaba sentada en el sitio que siempre le correspondió a la abuela. Yo pensé que no se habría dado cuenta y seguí comiendo. Mientras tanto, la noche se iba alzando por detrás de la casa, y los chirridos de los grillos desde el guaninal llegaron tan claros que parecía como si hubiese caído un aguacero y el aire no ofreciera resistencia; luego aquel escándalo fue subiendo. Y por un momento se hizo insoportable. También, como anticipando su visita, el olor de los clavelones empezó a deslizarse por entre las ventanas y a los pocos momentos estaba sobre la mesa. Miré entonces por las rendijas del comedor y, luchando con las sombras recientes, pude ver a la abuela saltando de un lado a otro del cantero como un sunsún atareado. Y en la madrugada, su grito, alterando el tiempo y eliminando el silbido de las alimañas, fue el más extraño presagio de la mañana.

XII

Muy temprano estaba en el patio y pude ver la figura de pájaro viejo que había adquirido mi abuela. Yo seguía cavilando, contradiciéndome, y algunas veces, fatigado, le negaba la entrada a los razonamientos, pero sin darme por vencido. Y los días seguían pasando como una fila de auras mansas que no esperaban llegar a sitio alguno. Mi abuela no se movía del cantero; allí le llevaba mi madre la comida; allí soportaba el sol del mediodía (metía entonces la cabeza entre los más frondosos tallos de los clavelones); allí la bañaron los primeros aguaceros de primavera con un cucharón descolorido que se debatía al compás de las escasas plantas que también se fueron poniendo raquíticas, sin que de nada le sirvieran los cuidados constantes y el agua que mi madre, inalterable, traía todas las tardes del pozo. Llegó un momento en que mi abuela sólo fue una especie de tallo seco tirado junto a las escasas flores. Sin embargo, en cada madrugada, la potencia de su grito me recordaba que aún no estaba vencida.

Y Bestial y yo seguíamos haciendo la vida de siempre: aún caminábamos por sobre las zarzas, aún virábamos las piedras para echarnos a la boca alacranes centenarios. Y por las tardes, como desde hacía mucho tiempo, el río nos aguardaba con sus aguas brillantes donde flotaban las cupeyes inmóviles. Sólo un acto más había enriquecido las ceremonias del día: al oscurecer caminábamos hasta la esquina del mayal viejo, junto al pozo, y llorábamos. Enseguida nos marcábamos para la casa donde, al llegar,

podíamos ver a la abuela, entre los últimos resplandores del día, como un duende enteco, saltando fatigada de una a otra esquina del cantero ya casi despoblado, cumpliendo su función de guardián inútil. Sin embargo, todavía me era muy difícil aceptar su derrota. Recuerda que es maga y bruja, me decía, y que nunca se supo si tuvo marido. Es imposible que se dé por derrotada sin haber luchado, pues no podrás negar que sólo se ha limitado a esperar el ataque sin evitarlo. Recuerda, además, que tuvo ciertas amistades con un cocodrilo que cantaba. Pero eso no se sabe a ciencia cierta, volvía a decirme contradiciéndome; en realidad, creo que ya no tiene escapatoria. Aunque es posible que algo esté planeando, algo trama aunque parezca derrotada. Recuerda que fue bilonguera y maga y que nadie sabe la fecha de su nacimiento... Pero a fines de diciembre, a la abuela se le fue reduciendo el cuerpo a un tamaño increíble y se enterró entre la hojarasca y el fango del cantero como un topo moribundo; por último casi no se le distinguía entre los tallos y comenzó a soltar unos ronquidos muy extraños como los de una rata acorralada. Y ese día, cuando mi madre, Bestial y yo descansábamos bajo el corredor, junto a la noche, casi me convencí de que la abuela no llegaría a la mañana. Sin embargo, en el momento en que los grillos parecían cansados, nos llegó como siempre el agradable vaho de los clavelones. Entonces mi madre tosió un poco, caminó hasta un extremo del corredor, y de su silueta indefinible le vi sacar los brazos y sumergirlos en la oscuridad. El perfume se había disipado, y los grillos, luego de un breve descanso, poblaron el tiempo con sus algarabías. Mi madre levantó las manos y se tapó los oídos.

A medida que mi amistad con Bestial fue adquiriendo dimensiones insospechadas que ya ni siquiera nos hablábamos, un odio irracional me fue naciendo por dentro en contra de mi madre; pero en los últimos meses ese odio no solamente se había conformado con su condición de brasa redonda albergada en mi estómago que saltaba a veces hasta la garganta, sino me había salido fuera y ya se manifestaba en el exterior de mi cuerpo, en la manera de apretar los puños cuando ella cruzaba por mi lado con su andar calmado de lechuza triste; en la manera de soltar chispas por los ojos y castañear los dientes cuando la veía soplando los tizones del fogón para preparar la comida; y en los variados planes que fui llevando a la práctica con el fin de matarla sin obtener resultados favorables (siempre despertaba en el momento en que, bañada en alcohol sólo me restaba prender el fósforo; siempre le caía mal la comida en la que yo con cautela, había vaciado un frasco completo de estricnina, y vomitaba; siempre descubría a tiempo las trampas resbaladizas que yo le ponía junto al pozo para que perdiese el equilibrio y se estrellase contra el fondo). Pero no me daba por vencido, y ahora, al verla haciendo aquel gesto que no le pertenecía, comprendí que mi odio se esparcía por toda la casa, comprometiendo hasta los árboles.

XIII

En el último crepúsculo de abril de la abuelita no era más que un insecto ciego y desgarbado que se debatía entre los polvorientos terrones del cantero, como queriéndose trepar a uno de los dos tallos que aún persistían, cada uno con su flor

completamente inclinada; como si observaran con una pena los saltos de una abeja moribunda. Mi madre, apoyada sobre el brocal, sin dejar de sacar agua del pozo, lloraba mientras yo, metódicamente, le lanzaba piedras a la cabeza tratando de descalabrarla. El sol ardió sobre los últimos gajos de los pinos. Bestial instalado en el corredor lo inundaba con sus silbidos que no eran silbidos. Así nos llegó la noche con sus gastados estrépitos. Cuando el grito de mi abuela resonó como el corto chillido de una rama yo me la imaginé llevando sus mínimas y destrozadas manos hasta aquella región ignorable de su cuerpo de donde le provenían todos los dolores. Ya mis razonamientos se habían puesto de acuerdo, y cuando me comunicaron con una brevedad oficial, que esa sería la última noche de la abuela no me quedó otra alternativa que asentir.

Pero cuando llegó la mañana, y yo, saltando hacia el patio, miré el cantero donde se alzaba esmirriada la última mata de clavelón descubrí con sorpresa que la abuela danzaba alrededor del tallo de la última planta, acariciándolo durante breves momentos y tomando posturas más que procaces. Finalmente dio un salto, separándose del cantero, y, como un caballito del diablo, desapareció entre las altas yerbas del patio. Bestial, que detrás de mí había presenciado aquella ceremonia, quedó por un momento completamente desorientado; pero enseguida fue adquiriendo su seguridad de siempre, y con un palo que arrancó al vuelo de la casa, se lanzó tras la abuela, tratando de destriparla; pero ya ella, con sus saltos de mula del diablo, cruzaba por sobre los grandes matajones y se perdía dentro del mayal. “Hay que agarrarla”, decía Bestial, levantando el arma y golpeando las mayas. “Hay que agarrarla”. Y pateaba sobre las piedras y lanzaba grandes maullidos, como queriendo amedrentar a las plantas que la protegían. Enseguida fue hasta el fogón y sacando dos tizones en llamas le prendió fuego al mayal por distintos lugares. El fuego se fue alzando al momento, y el mayal como una serpiente candente empezó a disolverse en el viento. Entonces salió mi madre al patio para ver la huida de todas las alimañas. Los pájaros chamuscados saltaban refugiándose en el sao; entre ellos vimos la figura de la abuela, cruzando como una centella por sobre la yerba encendida, buscando también la protección de la manigua. Pero Bestial no se dio por vencido; entre grandes aullidos de guerra fue sacando con las manos las mayas en llamas y las fue esparciendo por las cuatro esquinas del sao. Y el fuego fue cubriendo todo el monte. Los gritos más increíbles se oyeron aquella mañana, y los animales más extraños, los de cambiante forma y chillidos descomunales, cruzaban por sobre nuestras cabezas fundidos con las mariposas. Los ratones también trataban de alzar el vuelo, y hasta las lagartijas se elevaban en el aire con torpes saltos, cayendo de nuevo entre las llamas. En silencio se iban deritiendo. Una gallina asustada cruzó, con las alas llameando por sobre el patio y cayó como un cometa furioso en la cabeza de mi madre que aterrada se persignó tres veces y se escondió en la cocina. Los árboles altísimos a los que nunca pude escalarle el capullo estallaban en una enorme llamarada y al momento reducidos a una larga columna de ceniza, y se dispersaban en el aire.

Entonces en medio de aquel formidable resplandor, empecé a hacer deducciones. La

guerra, me dije, no es dirigida ni por Bestial ni por la abuela, proviene de los clavelones, y sólo ellos conocen sus principios. De no ser así no hubiera sido necesario que Bestial improvisara todo ese infierno, bastaba, en la ausencia de la abuela, haberse dirigido hasta la única planta del cantero y arrancarla de raíz. Así pues, no era mi abuela quien guardaba los clavelones, eran ellos los que la protegían de las amenazas de Bestial; pero en breve momento del día, ellos, los clavelones, necesitaban reponerse de la agotadora vigilia; entonces ella, la abuela, quedaba totalmente desprotegida, contando solamente con sus fuerzas; ese era el momento que aprovechaba él. Bestial, para dirigirse al cantero y acabar con las flores; pero ellos, los clavelones, sólo necesitaban de un instante para reponerse, de modo que él, Bestial, solamente tenía tiempo para arrancar una planta antes de ser repelido con furia. De manera que ambos, Bestial y la abuela no hacían más que cumplir el bochornoso deber de todo soldado: ser esclavo de una potencia. Así pensaba, pero también tenía mis dudas. Después de todo nadie podía demostrarme que estaba en lo cierto... En el momento en que el fuego fue adquiriendo uniformidad y todo el saó no era más que una pira monumental, Bestial surgió entre las llamas, como un demonio victorioso. “Tiene que haberse achicharrado”, me dijo poniendo un brazo caliente sobre mi hombro; y una alegría muy grande fue surgiendo por dentro: Bestial después de muchos meses me había vuelto a hablar.

XIV

Pero las cosas no sucedieron como Bestial las había imaginado: a la mañana siguiente, abuela, con su silueta de duende desaparrado, apareció por un costado de la casa. Ni siquiera venía tiznada, y arrastraba, con infinita obstinación, un libro. Así la vimos acercarse al cantero. Colocó el libro junto al tallo de la planta endeble; y desapareció dando sus saltos. En ese momento me volví hacia Bestial, que durante toda la noche había estado buscando a la abuela por entre los tiznales, y descubrí en su cara inmóvil una enorme tristeza. De modo que todo el fuego fue inútil: la abuela había emergido de entre las cenizas con un nuevo misterio y se desvanecía delante de nuestros ojos. Pero ¿por qué Bestial quedó inmóvil mientras la abuela se nos acercaba? Mis razonamientos quisieron obligarme a que aceptara nuevas elucubraciones, pero yo, sintiéndome completamente ridículo, rechacé las cavilaciones. Por eso, cuando fue el oscurecer y Bestial, mi madre y yo, nos sentamos como siempre en el corredor mientras algunos tizones encendidos se debatían entre la reciente quemazón, no quise pensar en nada; y me limité a esperar. Por fin llegó la hora del sueño y entramos en la casa. Y aun cuando Bestial cesó en sus ronquidos y saltó por la ventana hacia la madrugada, rumbo al cantero, yo no entregué mi mente a la deliberación, sino que, con los ojos muy abiertos, salté también por la ventana y me deslicé hasta las paredes del escusado. Desde allí pude observar la mata de clavelón, con su única flor -ahora muy erguida- rodeada por un halo luminoso que la cubría como una diadema. En el tronco estaba el libro, refulgiendo. Bestial, sumergidos sus brazos en la luz, se dirigió al tallo de la flor. Lo vi inclinarse hasta que su rostro también se hundió en la aureola brillante. Entonces afiné mis oídos para que recogieran, atentos, el último grito de la

abuela desde alguna region del monte. Pero en ese momento Bestial inclinó más su cabeza iluminada; y tomó el libro en sus manos resplandecientes. Se sentó sobre el cantero, lo alzó hasta el resplandor de la planta, y empezó a leer.

En ese momento todos mis sentidos comenzaron a golpear aterrados a la puerta de mi razonamiento, como queriéndola derrumbar. Por un momento el escándalo se hizo insoportable. Pero yo me tapé los oídos y le negué la entrada. En realidad no contaba con nada para consolarlos.

XV

A partir de esa madrugada todo sucedió en forma vertiginosa. Antes de la mañana fui al patio, y, con asombro, vi que Bestial aún leía en cuclillas sobre el cantero; me acerqué y le hablé. Ni siquiera se molestó en apartar la vista del libro y mirarme; tal parecía que no me había oído.

Decidí permanecer junto a él toda la tarde y ya al oscurecer, cansado de llamarlo (a veces a gritos) le puse una mano en el hombro. Entonces noté que su cuerpo había perdido elasticidad: mi mano casi se hundió en su hombro. Me llevé los dedos a la nariz y noté (ya con terror) que despedía el mismo perfume de los clavelones. Mi madre llegó entonces del pozo, y aunque la abuela no había regresado, depositó las dos latas de aquella cerca del cantero, para mayor asombro de mi parte, vi que ella misma empezó a regar la única planta, esparciendo el agua con las manos, igual que la abuela, en forma de lluvia fina. Regó el cantero, aun donde no crecía ni una mínima yerba. También a Bestial lo roció varas veces. Pero él ni siquiera se movió para esquivar el agua.

Desconsolado, caminé hasta el corredor y me recosté en el taburete, sin haber comido. Otra vez se levantaba la noche sobre un costado de la casa. Y éramos ahora solamente mi madre y yo en medio de las sombras, oyendo el infatigable chirriar de los grillos que aun persistían entre las cenizas, e identificando de vez en cuando aquella vaharada que nos llegaba del cantero. Así permanecemos los dos, en silencio, sin mirarnos. Pero hubo un momento en que mi odio hacia ella creció tanto que sentí miedo y fui para mi cuarto.

Estaba solo en medio de una cama que se agrandaba hasta hacerse insoportable. Por fin, caminé a tientas hasta la ventana y salté hacia la otra oscuridad. Con pasos sigilosos me acerqué a Bestial, y, colocándome detrás, lo observé: estaba transparente como un cristal, y uno de sus brazos, completamente seco, se hundía en la tierra. Pero persistía en su lectura. Y cuando lo tomé por el cuello, tratando de ponerlo en pie, noté que sus piernas estaban pegadas al cantero y era imposible separarlas. Entonces observé fijamente el suelo: una especie de agitación se había apoderado de todos los terrones y de vez en cuando parecía como si emitiesen un chirrido casi imperceptible. A los pocos momentos descubrí unos puntitos verdes que, como pequeños gusanos de

primavera, emergían de la tierra empujando el tallo, haciendo los capullos, abriendo las hojas y coronándose al fin con una flor que ya esparcía su halo y su perfume, embriagando y reduciendo la noche, envolviendo a Bestial que aún sostenía el libro entre sus manos transparentes.

Durante el día, Bestial fue sustituyendo su transparencia por tonalidades verduzcas que bien se podían comparar al color de los retoños jóvenes. Y ya al atardecer, cuando mi madre empezó a esparcir el agua sobre su cabeza y las flores se podía confundir fácilmente con un hermoso lagarto erguido entre las hojas. Sólo el libro que aún sostenía entre sus manos diminutas atestiguaba que aquello era Bestial. A la madrugada descubrí ya sin asombro, que su cuerpo se había convertido en un delgado tallo que emergía firme de la tierra, que sus brazos eran dos radiantes hojas y su cabeza estaba adquiriendo la infinita suavidad de los pelos.

Me puse de pie y, riéndome a carcajadas, caminé hacia mi cuarto. En la cama descubrí que tenía la cara empapada.

Al llegar la mañana, el cantero se había enriquecido con otra mata de clavelones, igual a las demás, con su típica flor coronando las hojas. El libro que aún descansaba junto al tallo, testimoniaba que aquella planta era Bestial.

Entonces, como de entre los escombros del sao, surgió la abuela. A través de la mañana caminó hasta el cantero con pasos gigantes y tranquilos. La vi, bañada por la claridad, hundir sus manos en los clavelones, como un caballo sediento metiendo sus belfos en un charco tranquilo. Aprisionó con fuerza el tallo donde aún se recostaba el libro, y de una sola tirada arrancó la planta. Por los labios y, con admirable destreza, la engulló de un solo bocado.

Enseguida se acostó en la tierra. Mientras sonreía se fue quedando dormida bajo la agradable sombra de los clavelones.

XVI

Con el libro entre las manos caminé un gran trecho por derriscaderos renegridos y piedras todavía calientes. Por fin, llegué hasta el sitio donde Bestial y yo habíamos echado a correr los dos juntos, aquella noche en que se inaugurara nuestra amistad. La tarde ya era de un increíble violeta. Un grupo de sunsunes seguramente equivocados planeaban sobre los altos tizones. Algunos árboles, completamente achicharrados, exhibían sus gajos de ceniza, inclinados como frágiles carámbanos que cualquier viento podría disolver. Por un momento me detuve y respiré fuerte el olor penetrante de la resina hervida. Un murmullo de aguas, ya muy conocidas llegó desde lejos, como si alguien sollozara detrás de los últimos escombros. Con el estómago lleno de olor y de aire seguí andando, pisoteando cenizas. Cuando los pies ya casi se me hundían en el fango me detuve. Por un momento miré aquellas aguas que ahora se

deslizaban desnudas por un desierto de cenizas que poco a poco se iría disolviendo. Enseguida levanté un brazo, lo impulsé hacia atrás y arrojé el libro al río.

XVII

Y otra vez la casa, en medio de la noche, era un cocuyo diminuto parpadeando desde el fondo de una cántara cerrada. Y otra vez éramos los tres, semejándonos en la sombra. Los tres de siempre como antes de que hiciese su aparición Bestial. Y cuando el olor de los clavelones atravesando la noche, invadió el corredor, sentí como si un gran árbol soltar todas sus hojas. En mi cuarto, la cama con sus sábanas blancas, parecía flotar en la oscuridad. Me acosté y con los ojos abiertos empecé a imaginar el trajín de los ratones en el techo. Pero a la madrugada me incorporé de pronto. Fui hasta la ventana, y, de un solo salto, caí en el patio.

Y ya estaba otra vez frente al cantero de los clavelones luminosos. Y ya sumergía mis brazos en el halo multicolor. Y ya mis manos, con una violencia increíble, arrancaban la primera planta. Entonces, en el momento en que lanzaba en el aire, desprendiendo de la tierra las últimas raíces, oí a mi madre a mis espaldas, lanzando aquel grito horroroso que provenía como de un tiempo despoblado; y la vi, llevándose las manos a aquella región impronunciable de su cuerpo.

Comprendí entonces las palabras con que me increpó Bestial cuando le dije que mi madre me había confesado que me quería. Pero las que con mayor nitidez se pasearon por mi memoria fueron aquellas del día en que mientras yo miraba a la abuela retorciéndose en el cantero, él, llegando desde la cocina, me dijo: “Vamos al monte”. Y fuimos.